

Carta de Guatemala

La guerrilla como saga nacional

Las guerrillas son incuestionablemente la única saga de este país, donde la colonización aplastó al pueblo nativo, la independencia fue un sainete, la reforma liberal la obra prodigiosa de una minoría competente y la revolución un hecho mayor frustrado. Un movimiento armado que en casi cuarenta años sólo reúne a 3.000 combatientes y no logra tomar el poder no es una gesta militar ni un éxito ideológico; la inmensa mayoría de la población no estaba por la violencia; las revoluciones las han hecho a lo largo de la historia los jóvenes, y la dirigencia guerrillera ya peina canas. ¿Por qué, entonces, el movimiento guerrillero llega a conquistar el apoyo europeo y el de las Naciones Unidas a favor de dos de sus tesis centrales: el respeto a los derechos humanos y el establecimiento de una paz basada en la reforma profunda de las estructuras del país? Estas son algunas respuestas.

Porque una de las victorias políticas de las guerrillas fue convertirse en portavoz y gestor de grandes clamores nacionales en busca de la justicia social y de la verdadera democracia. La base social no estaba de acuerdo con la guerra, pero sí en que terminara cuanto antes y con resultados prácticos inmediatos para el poboerío de la nación. Hoy, el movimiento guerrillero pertenece a un pasado vivo, semejante al Lejano Oeste, que es la única saga de los Estados Unidos. Saga de heroísmo, aventura, imaginación, libertad, crimen, beligerancia de los mayas y valor en el que tienen su parte las fuerzas armadas. Han envejecido los líderes; pero no los motivos para la rebelión que prevé la propia Constitución de la República ni las metas orientadas por la pasión de la juventud y los ideales no marchitados por la secreta convicción de que la victoria militar era imposible.

¿Qué es lo que produce una saga? Una riqueza cultural casi inagotable. Hace casi siglo y medio que terminó la historia del Far West norteamericano y sigue inspirando artes, letras, teatro, cine, historia. Desde el punto de vista moral, ético, aquella gesta está llena de monstruosidades como la masacre de los indios, la institución de la propiedad privada a base de asesinatos y violencias, los asaltos de bancos y trenes, el machismo y la sacralización de las putas. Pero no es por la vía de la moral como sobre-

viven las sagas sino por el conjunto de hechos humanos y de valores en juego y de aventura que encienden la imaginación de las sociedades sedentarias entregadoras del alma primero, al inmovilismo de la televisión y últimamente al internet.

El movimiento guerrillero de Guatemala ya comenzó a inspirar obras. En los sesenta hubo cantautores, letras, artes, teatro, estudios sociales. En los setenta brota una poesía nostálgica bien hecha y una narrativa amargada por las frustraciones sufridas desde 1968 por la juventud de casi todo el mundo; hay también una narrativa heredera del crudo y lumpesco idioma puesto de moda en México con José Agustín, tan adecuado a la cólera y la impotencia rampantes en Guatemala bajo las dictaduras.

Este mismo tono, fecundado por el estudio y la madurez inició en los ochenta la novela, con el sobresaliente escritor Luis De Lión, maestro maya del interior. En los noventa franquean la puerta grande escritores hechos como Akabal –constancia del movimiento indígena ya estremeceador de la base social–. El último escritor que publica luminosamente en los noventa fue Payeras. Buena parte de la plástica ha seguido inspirándose en la saga.

En treinta años el poder asesinó a veinte poetas. Eso demuestra la existencia de un género y de una voz colectiva.

Contra una Universidad Maya

De un tiempo acá se habla de la fundación de la Universidad Maya. Diversas y pocos meditadas han sido las reacciones; las peores son esas mezclas de paternalismo, demagogia y mala conciencia con que se aborda el tema de los mayas entre los ladinos. Pero no podemos seguir así cuando comienzan a verse amenazados valores que conciernen a todo el país.

Hablar de Universidad Maya es un despropósito igual a hablar –a estas horas– de Universidad Ladina, Universidad Andaluza o Universidad Prusiana. La palabra misma, universidad, significa humanismo, universalidad, totalidad de un centro de estudios e investigaciones superiores al servicio de la población entera, ya se trate de una sociedad monocultural o multicultural y multinacional. En materia de humanismo o de ciencia no se puede ni se debe sectorizar, dividir el mundo inmenso de las ideas y del conocimiento por grupos étnicos o clases sociales, como lo hacen de hecho tantas universidades privadas, ideológicamente arquitecturadas para formar profesionales y altos técnicos al servicio exclusivo de los intereses de sus patrocinadores.

No es racional pensar en un centro de estudios e investigaciones superiores ajeno a la realidad de un país y sobre todo a la realidad del mundo actual. Cuando se habla de globalización no se alude a una economía mundial al servicio del neoliberalismo o de los países dominantes, sino a

un sistema de comunicaciones e interrelaciones económicas que involucra a toda la humanidad. Una de las pocas verdades que manejan los profetas del neoliberalismo es que el dominio pertenece a los que tienen y manejan el conocimiento. No se puede gestar pensando en grupos de cualquier naturaleza. Una exclusividad grupal de ninguna manera sirve para asentar con hondas raíces a un sector en su país y menos en el mundo actual.

Hoy las universidades deben estar equipadas humana y materialmente con servicios carísimos. Un microscopio electrónico vale diez millones de dólares. Una biblioteca de veinte mil volúmenes escogidos vale cinco millones de dólares. Un profesor o investigador de primera gana dos mil dólares mensuales y toma veinte años formarlo. Ninguna obra científica fundamental está escrita en alguna de las lenguas originarias que se habla en Guatemala; ya no pensemos en el material de revistas especializadas que aparecen cada semana en el mundo con lo más novedoso del pensamiento en proceso. ¿Se han puesto a imaginar los que hablan de Universidad Maya en el tiempo y el costo indispensable para semejante tarea? Ninguna etnia de Guatemala –incluyendo a la ladina– cuenta con personal preparado y adiestrado para concebir, dirigir y realizar una Universidad moderna y globalizada.

Los problemas de la educación indígena no se resuelven desde arriba sino desde abajo. Todo el esfuerzo de las organizaciones mayas debería concentrarse en intervenir en los campos confiados al Ministerio de Educación, hasta lograr pensum de estudios, capacitación de maestros, participación de colectividades y especialización de escuelas y programas para la educación de las etnias no ladinas. A nivel de los centros de capacitación técnica y superior, la vía racional y viable sería convencer a la Universidad de San Carlos –y quizá hasta alguna de las privadas– a incluir en sus estudios e investigaciones todo aquello que interesa al mundo de los mayas, desde la medicina y las altas matemáticas hasta la sociología y las letras; un vasto programa de capacitación serviría para contar a mediano plazo con maestros indígenas. No basta con que la USAC sea un centro de puertas abiertas; ella misma se debería plantear la urgencia de dimensionarse para un futuro que ya comenzó en Guatemala.

La izquierda en el horizonte: partido o frente

A juzgar por las declaraciones de los líderes, los excombatientes han resuelto formar un partido político sobre la base de los cuatro grupos en que estaban organizados hasta su disolución formal. Con una estrategia que sugiere el propósito de pensar muy bien las cosas y de acomodar sus tácticas al tiempo oportuno y a la reunión de condiciones favorables, este amplio abanico de la izquierda no fija tiempo para inscribir su partido; pero abre un cómodo paréntesis para inventariar sus posibles recursos.

Y al hablar de recursos nos referimos desde luego al elemento humano —con el que cuentan en considerable cantidad—; pero también a los fondos indispensables para una movilización en gran escala. Dadas sus convicciones y su compromiso histórico, la izquierda organizada no aceptaría jamás los acostumbrados aportes con los que enajena la oligarquía —y también el gobierno— a la oposición independiente. Esto deja a la izquierda totalmente apoyada en la mística que no luce en el país desde la revolución del 44-54, cuando las comisiones regresaban después de tres semanas de trabajo de campo a devolver los Q.26 que sobran de los Q.100 que les había dado el secretariado para los viáticos de tres personas.

Como institución, un verdadero partido político tiene sus ventajas y sus desventajas. Entre las primeras están la cohesión y la solidaridad ideológicas, la homogeneidad de participación y el consiguiente funcionamiento democrático. Entre las segundas está la sujeción a las diversas normas que inhiben a todo aparato de Estado —y el partido lo es y el conflicto entre el servicio colectivo y las obligaciones individuales dentro de la vida diaria. Esto último es lo más riesgoso en medios como el de Guatemala, con su paupérrimo grado de politización y su proclividad al anarquismo.

Al género de las debilidades institucionales pertenece también el conjunto de elementos subjetivos que lastran el desempeño del liderazgo ex guerrillero. Como no podía ser de otro modo, normas puramente militares gobernaban los frentes guerrilleros; es decir la jerarquía, la obediencia, la disciplina, todo ello absolutamente reñido con el ejercicio de una democracia que no se puede exigir en lo externo si no se practica en lo interno. La izquierda organizada debe capacitarse para intervenir en un hondo debate teórico, político y autocrítico si aspira a llegar al poder para la transformación del país. Casi todo el liderazgo que se necesita para una actividad efectiva a plazo bastante largo está por formarse; los contingentes del partido sólo mantendrán su mística y su voluntad de acción en la medida en que incorporen esta conciencia a su razón y a su sentimiento.

La izquierda nacional todavía tiene muchas ideas indefinidas y confusas; quizá lo más operativo fuese que pudiera elegir entre varias organizaciones formales, y que todas ellas operasen con creciente coordinación.

Los propios ex guerrilleros —sin excluir a los líderes— están urgidos de entender de la manera más entrañable que las reglas de la guerra en la guerra nada tienen que ver con las reglas de la guerra en la paz. Pero esto no significa renuncia a principios, acomodados oportunistas ni reducción del espíritu de lucha indispensable cuando están de por medio los intereses y las esperanzas de la inmensa mayoría del pueblo.

Mario Monteforte Toledo